

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.
Núm. 29.

Madrid, 14 de Enero de 1894.

DIRECTOR:
Carlos Frontaura.

TIPOS POPULARES DE MUJERES ESPAÑOLAS



PROVINCIA DE MADRID.—SERRANA DEL GUADARRAMA

(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. M. ALCÁZAR)

NOTAS DE LA SEMANA



compañeros de armas, muertos delante de Cabrerizas.

Ya van volviendo nuestros soldados. Unos se quedan en Andalucía y otros vienen a Madrid o al sitio de donde salieron cuando creíamos que iban a pegar la gran zurra a los moros, no tan grande como la merecían.

Ayer oí este diálogo entre uno de los oficiales que vienen de ver correr la pólvora y un individuo bastante mal trajeado:

—¿Conqué ya de vuelta de Melilla?—le preguntaba éste.

—Sí, hombre; y me he quedado con las ganas de dar muchos sablazos.

—Lo mismo que me pasa a mí, *samaratú*.

Pero ¿va a Marruecos el Embajador o no va?...?

¿Lleva regalos o no los lleva?

Estas preguntas se hace el público bonachón, en vista de las noticias contradictorias que le sirve la prensa diaria.

Si va, que dicen que si va, claro es que ha de llevar regalos.

No se puede prescindir de los regalos. Siempre que vienen aquí embajadas del moro traen sus regalitos correspondientes: caballos, tapices, gomas, espingardas, babuchas, etc. Nuestro Embajador no puede menos de llevar a S. M. J. regalos de lo mejor que aquí tenemos: mazapán de Toledo, los ricos turrone y las acreditadas peladillas de D. Luis Mira; unas pelotas de Modesto Sáinz, de Pamplona; el retrato de Becerra con guantes; un par de banderillas; torrados y pasas, rosquillas de la tía Javiera.....

Sería una falta imperdonable presentarse en aquella fastuosa corte sin los regalitos, y conociendo lo cortés y cumplido que es nuestro Ministro de Estado, no cabe dudar siquiera que habrá regalos, y buenos.

Este año se ha celebrado en Madrid la fiesta de los Reyes magos rindiendo los escritores y las sociedades científicas, artísticas y literarias un tributo de cariño al excelente poeta D. Gaspar Núñez de Arce. Si yo hubiese podido salir de casa, habría querido a ocupar el último lugar entre los apasionados del distinguido escritor, en el banquete con que se le obsequió el viernes, y en el acto de la recepción el sábado; pero con un catarro bronquial como para mí solo, y con las calles cubiertas de nieve, convidando al transeunte algo débil de piernas



á fracturarse el *peroné*, como les ha sucedido á varios, tuve que privarme del placer de beber una copa de *Champagne* á la salud y á la gloria de mi antiguo amigo D. Gaspar. Bien sabe él que sin asistir al banquete ni á la recepción, me adhiero á todas las manifestaciones que se hagan en su honor y le deseo buena salud y larga vida. Por cierto que conviene hacer una aclaración. Quien vea el dibujo del amigo Cilla representando á Núñez de Arce con la copa en la mano, supondría que D. Gaspar bebe *Champagne*. No es así; desgraciadamente su enfermedad de estómago no le permite beber vinos ni tomar otro alimento que leche. D. Gaspar cuando va á un banquete ni come ni bebe.

Y también deseo que la Sociedad de Escritores y Artistas, de que es digno Presidente, sirva para algo más que para organizar algún que otro banquete, á escote, dar un baile de máscaras en Carnaval, repartir varios escasos y humillantes socorros á los mismos postulantes todos los años, y pagar la sepultura á algún socio, ó no socio, que se va á otro mundo mejor. Y si el reglamento no permite que la Sociedad sirva para algo más que todo eso, reformese á fin de que sea una institución más útil que ahora para los que cultivan las letras y las artes.



¿Ha pasado algo más?....

Si, lo más grave que podía ocurrir; hemos estado en peligro de que Angulo dejara de ser alcalde.

¿Qué habría sido de nosotros si hubiera perdido el Ayuntamiento esa lumbrera del fusionismo?....

Presentó la dimisión del cargo, porque sabía que no se la habían de admitir. Él no servirá para alcalde, pero es amigo de D. Práxedes, adora y reverencia el *peroné* y el *tupé* de D. Práxedes, y es Presidente del comité fusionista. Con todos estos méritos, ¿cómo era posible que se le admitiera la dimisión?.... No puede haber mejor alcalde que Angulo, y tendremos Angulo mientras tengamos fusionistas en candelero. Y adelanta con los faróles.

EL MISMO.



¡DESESPERACIÓN!

¡Juventud, juventud, que te he perdido
Por afán de correr!
¡Si pudiera en el punto de partida
Colocarme otra vez!

Seguiría contigo mi carrera,
Y no que te pasé,
Y me vi en la vejez antes de tiempo,
Antes de la vejez;
Sin tener la experiencia del anciano,
Ni su juicio y saber,
Para oírme llamar «el respetable
Señor don G de B».
Soy viejo voluntario con ribetes
De niño, sin querer.
No puedo ni meterme en la Academia,
Que no tengo por qué;
Ni hacerme pelotari, ni *reporter*,
Ni aun afeitarme bien.
Ni gasto gafas de oro, ni por calvo,
Me peino con pincel;
Ni á mí, por concejal ó diputado
Me quieren escoger.
Ni puedo establecerme en coloniales,
Ni hacerme un terno inglés,
Ni cantar de tenor ó bajo cero
Ó tiple *fatigué*;
Ni menos jubilarme con la paga
Que nunca sé lo que es,
Ni pedir el Retiro, porque nadie
Me le ha de conceder.
Como, si tengo qué, yo no sé cómo:
Tengo para comer,
Es decir, tengo buena dentadura,
Lo demás.... ¡Dios lo dé!
—Lo que está usted es más loco que una cabra.
—Hombre, pudiera ser.

EDUARDO DE PALACIO.

LA MODA Y EL SENTIDO COMÚN

Verdad de *Pero-Grullo* es la de que la Moda es poco menos antigua que la humanidad.

Y aun hay quien sostiene que la de la mujer es indiscutible coetánea de *Eva*, fundándose en que es tal y tan de naturaleza femenina el espíritu de imitación, que aun cuando nuestra primera madre no se hubiera visto obligada á parir sus hijos con dolor, por efecto de la maldición divina, hubieran aceptado sus hijas la costumbre de dolerse en tan apurado trance, sólo por el capricho de copiarla.

Sea de esto lo que quiera, y reconociendo en la mujer el perfectísimo derecho que la asiste para acomodar sus peinados, sus joyas, trajes, sombreros y demás accesorios propios de su indumentaria y adorno, á los usos corrientes, convengan ustedes conmigo en que el afán de seguir é imitar servilmente los caprichos de la voluble diosa, conduce á buen número de mujeres á ponerse en evidente ridículo, prestando, con su desdichada debilidad, motivo á la zumba y á la mordacidad generales.

Sabidísimo es aquello de que *el sentido común es el menos común de todos los sentidos*;

pero no parece sino que hay mujeres empeñadas tenazmente en demostrar la verdad de ese aforismo, ofreciéndose con sus extravagancias y falta de juicio como público testimonio del caso.

Porque ustedes lo saben, y lo han visto, y lo ven todos los días.

Aparece un *figurin*, y acto continuo se lanzan á encargar sus trajes ó acomodar y recomponer los viejos, conforme al patrón último, todas las mujeres, sin distinción de edades, proporciones, formas, estatura, color y maneras.

Y así sale ello.

En el día, sin ir más lejos, aparecieron los vestidos y sombreros *Imperio*, y por *ende* las faldas estrechas, los talles bajo del pecho, las mangas de *jambón* en el hombro, y ajustadísimas en el antebrazo.



Un matrimonio á la última moda.

Pues no ha quedado mujer, de cuantas podían disponer de diez pesetas que emplear en percal, que sin parar mientes en si tal aderezo convenía ó no con sus formas y talla, no se haya vestido con arreglo á tal *figurín*; figurín que precisa, é ineludiblemente exige, en quien haya de vestirle, especiales condiciones estéticas de elegancia suprema.

Pero ¿eso qué importa? ¿Es esa la moda?..... ¡Pues vamos á la moda!.....

Y así *van á la moda* señoras como *la adjunta muestra*, que ustedes verán á cada momento por esas calles, esos teatros y esos tranvías de Madrid.

Eso de pensar la mujer en que determinadas modas no se avienen con su porte y exterior, se queda para muy pocas, para las juiciosas, las prudentes, las discretas.

¡Digo, si serán pocas!

Y otro tanto sucede con el calzado.

Hubo quien, y hasta quienes, considerando cuerdamente que por razón de su estatura y dimensiones necesitaban calzado que no lastimase su pié y les permitiese sentar la planta cómoda y desahogadamente, se sirvieron del zapato inglés, de planta lisa, de tacón bajo y achatado; de ese zapato indispensable para las hijas de Albión, que por ley de raza tienen dos artesas colgando de las canillas.

Pero hubo quien se enteró de aquella forma de calzado, y ¡*pies para que os quiero!* Andan por ahí ya todas las niñas, todas las casadas, todas las viudas y todas las..... demás, luciendo unas patas, como diré á ustedes.

¡Ayl! ¿Qué fué de aquel diminuto, resalado, tentador pié, de pura raza española, encerrado en el zapatito de la *Cenerentola*, ó en la elegantísima bota de tafilete negro? ¿Qué se ha hecho de aquellos pies de *chula*, que volvían loco á cualquier teólogo?

.....
¿Y en sombreros?

¡Qué discreción y que criterio tan admirables, para encasquetarse una *chata*, de cabeza de *turco*, á quien la estética más rudimentaria está pidiendo líneas largas y verticales, un calesín, ó media sándia, con el ala vuelta hacia arriba, que la hace aparecer más fea mil veces de lo que realmente es!

¿Y la espiritada y anémica que se encaja un sombrero..... de *teja*, porque es el último modelo llegado de París..... para regodeo de los que le admiramos tan bien aplicado?

Después de todo..... ¡pobrecillas!..... casi todas incurrir en tales desafueros por agradarnos, más que por otra cosa; pero..... ¿qué me dicen ustedes de los *caballeros*, que tienen también exquisito criterio para ajustarse á la *moda corriente*, sea ella la que sea.

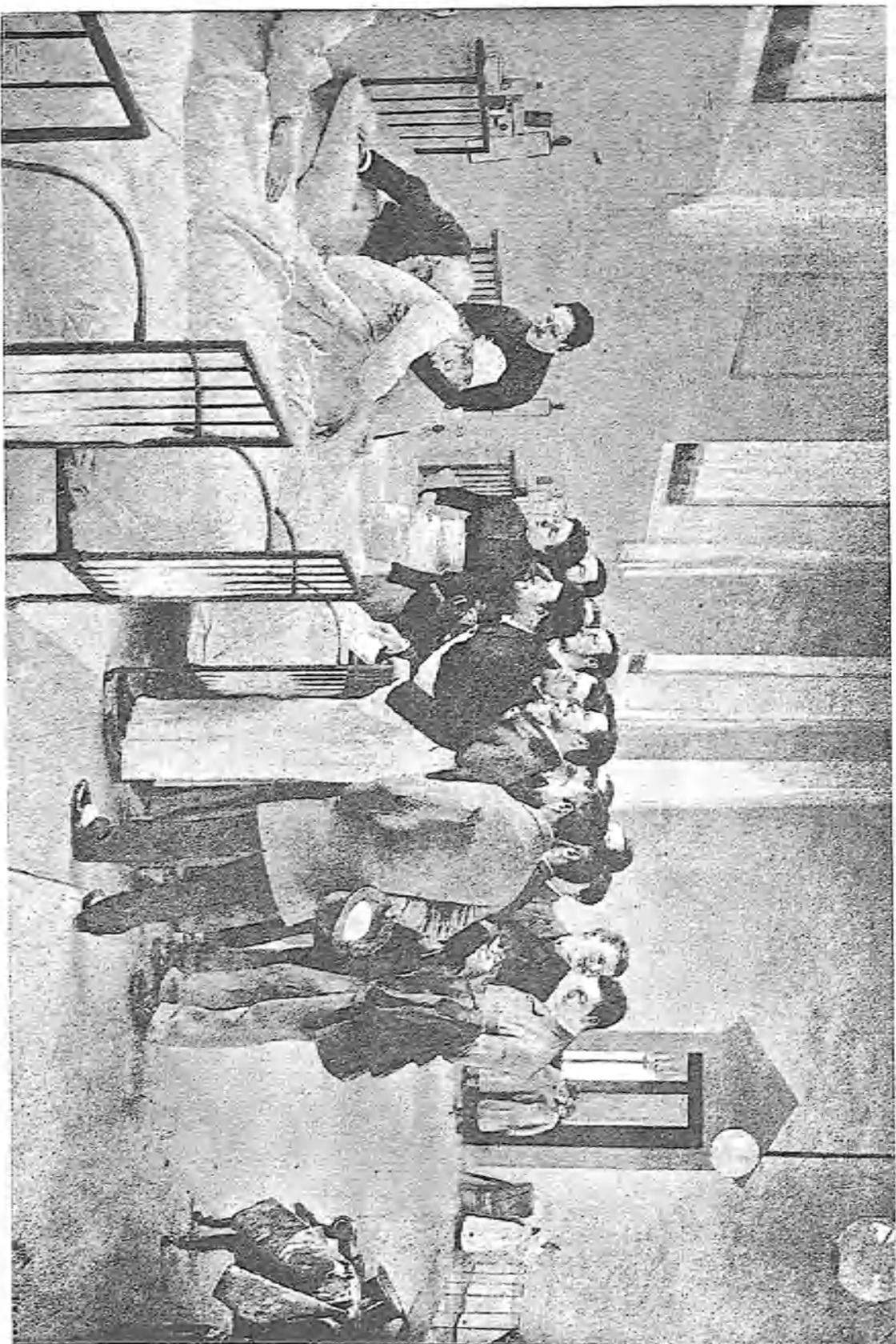
Hombre hay (llamémosle así) que tiene la estatura de un perro sentado, y en cuanto se entera de que es moda usar *toda la barba*, deja crecer la suya, así el color y finura de su pelo sea como el de las púas del *puerco-espín*. ... y..... va á la *moda*.

Que se usan gabanes largos y sombreros altos. Pues..... á la *moda*, y así salé á la calle esa miniatura, para delectación y chacota de cuantos le ven pasar á su lado.

.....
Que se usan *gabanes ingleses*, muy cortos....., pues así tenga el elegante, que se viste á la moda, la altura de los espárragos en que se fija el toldo para la procesión del *Corpus*, se hace su gabancito inglés, y..... ¡*viva mi dueño!*

.....
Convengan ustedes conmigo en que la *moda*, tal y como algunas, y algunos, la entienden y practican, es frecuentemente motivo propicio para desarrugar el ceño de los que somos poco propensos á las expansiones de la hilaridad.

EDUARDO SACO.



LA VISITA DEL MÉDICO EN LA CLÍNICA

(Cuadro de D. Luis Jiménez)

Premiado con la Medalla de Honor en la última Exposición Universal de París.



CONDECCIÓN DE ANARQUISTAS POR LA GUARDIA CIVIL
(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. E. ESTEVAN)

De triste actualidad es la lámina que ha dibujado nuestro colaborador Sr. Estevan. Suspendidas en Cataluña las garantías constitucionales á consecuencia de los criminales atentados que han estremecido al mundo entero, y no podrá olvidar Barcelona en largo tiempo, han sido presos muchos afiliados al anarquismo, y conducidos, bajo la vigilancia de la benemérita Guardia civil, á disposición de los tribunales que entienden en los procesos.

El anarquismo es una aberración incomprensible, una verdadera locura. El anarquista mata por matar, destruye por destruir, sin que él obtenga otra ventaja que esa bárbara satisfacción. Esto no se comprende sino considerando que los que tal hacen, contra toda ley divina y humana, no están en su sano juicio. La sociedad, profundamente conmovida y alarmada, tiene forzosamente que defenderse de semejantes enemigos, y por esto las autoridades, cumpliendo su principal deber, persiguen y encarcelan á los que alardean de su odio á la sociedad. El anarquismo es el funesto resultado de la carencia del sentimiento religioso y de la funesta propaganda de lecturas perniciosas permitidas por la mal entendida libertad, que siendo así la libertad es más odiosa que la tiranía.



EL PRIMER OFICIAL HERIDO EN LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL
(CUADRO DE ENRIQUE ESTEVAN)

AL QUE SE MUDA.....

No le ayuda Dios, no, señor; lo sé por experiencia.

Aunque no tengan ustedes las alcobas estacadas, ni haya mucha luz en la cocina, y sea oscura la escalera, y la portera poco amable, y abunden las cucarachas y otros bichos; en una palabra, aunque sobre el cuarto en que viven ustedes caigan las siete plagas de Egipto, queridísimos lectores, *no hagan una mudanza*, yo se lo aconsejo, á fuer de buen amigo.

¡Ay! Yo acabo de mudarme, y tal quedo de escamado, que en lo sucesivo ya no me mudaré más que de ropa blanca, pero lo que es de cuarto, no; así tuviera la nueva habitación más defectos que cualquier cómico moderno, de éstos de la última hornada, de los de *á ocho duros, medias tintas*, y llegar siempre tarde al ensayo.

Bien que eso de las *medias tintas* no es sino corresponder con los de la clase, *alternar*, como

se dice ahora, porque como ellos lo son también.... es decir, también son *medias tintas*.... Basta, ¡Qué cuatro días acabo de pasar!

Dos para levantar la casa y otros dos para instalarme en la nueva.

HISTORIA DEL PRIMER DÍA DE CALVARIO.

Orden de la comandancia.

Levantarse al despuntar la aurora, porque hay que deshacer los colchones, y á las siete de la mañana ha de venir el colchonero.

—Bueno, no importa; me pondré á trabajar más temprano, porque supongo que respetarán ustedes mi despacho hasta última hora.

—¡Ca! Si es en el despacho donde se van á hacer los colchones....

—Bien, pues ponedme la cartera y el tintero en el comedor.



EL ENTIERRO DEL PILOTO
(CUADRO DE D. JUAN MARTÍNEZ ABADES)

—No es posible; el comedor es lo primero que va allá, porque yo tiro á que comamos en la nueva casa esta noche misma.

—Voy á perder un día de trabajo.

—No, señor; entretente descolgando cuadros, ó metiendo los libros en los canastos grandes; aunque pesan tanto, que si quisieras creerme...

—¿Qué!

—Yo en tu lugar le vendería al trapero todos los libros. ¿Para lo que sirven!....

—¿Blasfema!

—Mira, aquí está el trapero. Pase usted.

Y con efecto, entra en el cuarto el trapero, sin descubrirse, por supuesto, acreditando con su *sans façon* su españolismo puro, y entre la señora de la casa y el comprador ambulante se entabla un diálogo sobre el valor de todo lo inútil, arrancado de la guardilla, que parte los corazones.

La señora, pretendiendo explotar al trapero, y éste, defendiendo sus intereses, llegan á levantar la voz hasta la raya del pentágono, vedada por la buena educación. Gritase este dúo con acompañamiento del *tric-trac*, producido por los palitroques del colchonero al batir la lana, y además por un sonsonete cualquiera de *Las campanadas*

ó de *El dúo de la Africana*, lastimosamente adulterado por el propio colchonero.

—¿Cuándo se toma el chocolate?

—Hoy no se toma eso. No faltaría más.

—¿Y con qué se desayuna un hombre?

—Con café económico y buñuelos. Ahora los subirán. Anda, sigue descolgando cuadros y metiendo libros en las canastas esas. Mira, ya está aquí el primer carro, de una mula, para ir llevando todo lo menudo; á la tarde, si acabamos hoy, y si no mañana, vendrá el carro grande para llevarse lo más delicado, sillerías, armario de espejo, etc., etc.

—¿Está bien; ya sé que eres mujer de disposición!

¿Y qué movimiento imprime en la casa la llegada del primer carro! La puerta de la escalera y todas cuantas tiene la habitación, quedan abiertas de par en par, y empieza una de aires colados, que guárdeme Dios de pedirlos ni aun para el casero.

Golpes por aquí, voces por allá, maldiciones de los carreteros, recomendaciones de las señoras en favor de sus muebles, estrépito infernal; esto es lo que se oye en la casa que va á quedar desalojada.

—¿Pero viene ó no viene ese café económico?

—Yo qué sé.

—¿Ah, no lo sabes? Me voy....

—Es lo mejor que puedes hacer, porque estas cosas no son para hombres de tu mal carácter. Mira, toma el café en cualquier punto, y vete á la otra casa á recibir....

—¿Yo á la otra casa? Cuando esté lista. Adiós, no me esperes á almorzar. ¿Dónde comemos?

—En la casa nueva.

—Abur.

Y aquí me tienen sin saber qué hacer por esas calles. Tomé café en el Diván, compré un panecillo bajo y me encaminé hacia el Retiro, para hacer la felicidad de las ratas que pueblan las márgenes del estanque, en otro tiempo de los cisnes; vi las fieras de Malleu, contemplé la estatua del Ángel caído, diciendo para mi capoté: «*Bien empleado te está, por haberte mudado de casa*», y caí á almorzar en Versalles.

A la una ya había almorzado. ¿Qué hacia yo á aquellas horas? Volví al Retiro, vi otra vez las fieras, me embarqué, á las cuatro de la tarde tomé un vaso de leche y un bollo, requebré á varias nodrizas y requerí de amores á unas cuantas niñeras, todo sin éxito, y á poco más de las cinco me dirigí á la casa nueva.

No bien había pisado el portal, me dijo la portera; «No se mudan hoy; que vaya usted á comer á la otra casa.»

Emprendí el camino lleno de resignación y dispuesto, como verdadero mártir, á no exhalar ni una queja.

Comimos en la mesa de la cocina, teniendo una silla para cada dos individuos; el garbanzo salió duro y la carne estaba viva; nos arreglamos cinco personas con tres tenedores y dos vasos. Las servilletas habían sido remitidas por equivocación á la otra casa, y para colmo de males, tuve que dormir en el suelo y sobre un solo colchón, y no de los hechos en el día, porque los míos, creyendo que no se retardarían tanto las operaciones, también habían sido enviados á la nueva casa.

Antes de dormirme formé mi plan de vida para el día siguiente, y lo llevé á cabo. Me fui á las Ventas á las nueve de la mañana, y no volví á Madrid hasta las ocho y media de la noche. Comí y almorcé opíparamente y dormí, en casita, sobre mi cama recién hecha, pero sin fundas en las almohadas, porque mi gente estaba rendida y no pensaba más que en descansar.

El día tercero fué de un movimiento más febril, si cabe, que el primero. ¿Saben ustedes lo que cuesta poner cada cosa en su sitio?

A esta benéfica operación contribuí yo moral y materialmente. Después de un trabajo de diez horas, almorzando mal y comiendo peor, todo quedó casi arreglado, y nos dormimos, después de exclamar «¡Hossanna!»

El día cuarto fué de alivio para las señoras, pero de luto riguroso para mí. Ocupadas aquellas en los últimos detalles de la instalación, me dediqué á abrir la puerta á cuantos llamaban.

—¿Quién?

—Servidor de usted. Soy un dependiente de *La Salvadora*, sociedad humanitaria. Por tres reales al mes, médico, botica, sanguijuelas.

—Gracias, pero estamos inscritos en otra sociedad.

—Lo siento.

—Vaya usted con Dios.

—No cierre usted; soy el panadero. Buen pan, sobrado de peso, y.... fio.

—Pase usted y entiéndase con la señora.

Y detrás del panadero, llamaron para ofrecer sus servicios, el sereno, el aguador, una petrolera, una joven que lleva flores á domicilio para cobrarlas *á fin de mes, ó cuando se pueda*, y no sé cuántas personas más de esas que tienen las mudanzas al dedillo. Como complemento de servidores, se presentó un sujeto de buen aspecto, diciéndome: «Yo vivo en la guardilla; si ocurre algo sentiría que se valieran ustedes de otra persona, porque todo el mundo sabe que vivo como pocos.

—Bien; ¿y qué es usted?

—Amortajador y dependiente de la fun....

No le dejé acabar, y, dando un portazo, me fui colérico á mi despacho.

¡Aquí fué Troya!

Al ir sacando de una gran canasta los bustos y estatuas en yeso que poseo de nuestros hombres más eminentes, vi que algunos de ellos venían mutilados. De lágrimas se me arrasaron los ojos.

El busto de Castelar había perdido el gorro frigio, de modo que ya no podía conocerse la significación política del gran tribuno á la simple vista.

La estatua de Gamazo había perdido la cabeza, y el pie derecho la de Sagasta.

—¿Dónde está el pie de este hombre?—gritaba yo frenéticamente.—¿Dónde está?

—¡Anda, anda! ¡Con que no lo sabe el mismo, y quieres que lo sepa yo!

Al ver tanta desgracia, dije casi llorando: «¡Dichoso el caracol, que no se muda, porque lleva encima todo su ajuar!»

RAFAEL MARÍA LIERN.



Nobleza obliga

Paquito con sus resacañón, postres y arris.
Algo de esas dos camuflajes.

(LOPE DE VELA.)

Marica la de Alcobendas,
La de los ojos azules,
La que por amor del jarro
Vive siempre entre dos lujos,
Pensando en que sus abuelos
Se le van volviendo octubre,
Y que en el oro del pelo
Habrá de plata le bullen,
Muy tomada de ribayalde,
A la ventana de brases,
Y los ojos dando caza.
Como corsarios de Túnez.
Al var á sus pies rendido
A Perico de Santurde,
Trafiante en cuchilladas,
Sastre de humeros respunties,
Y hámbrre, que aunque sus alientos
Ahora en el ocio consume,

Lleva escrita en las espaldas
Una ejemplar ilustrada:
Con una voz cecosa,
Entre remostada y dulce,
En estas doctas razones,
Entre un suspiro, prorrumpir:
«Fue siempre honrar á las damas
De hidalgos pechos costumbre,
Y al ofrecerse tu amparo
Bien tu nobleza descubres;
Que obligada le aceptaré
No tengo por qué te jure,
Que árboles de menos toldo
Me han solido dar techumbre;
Pero es nuestra vida noria,
Los años son arcaduces,
Que si los llena esperanza,
Luego desengaños fluyen.
Y hoy harto sé que los hombres,
Por el motivo más fútil,
Ya no se acuerdan el martes
De lo prometido el lunes.
Es mucho lo que se ofrece,
Muy poco lo que se cumple,
Que sueña el más dadivoso
Dar la paga en pesadumbres.
Aun más, dame su arriño
Juraron condes y duques;
Mas duques no dan ducados,
Y condes que dan no tunden.
Me sirvió luego un letrado,
Doctor *in utroque jure*,
Muy bardado de semblante,
Muy rapado de chirumen;
Mas solo porque en las leyes
De Toro instruírle supe,
Él se acogió á las Perdidas,
Y al partir me dejó *in parís*.
Médicos y boticarios
Aun más que le peste save;
Pero éstos, si no es la enferma,
Nunca dan más que menjerges.
Soldados, como á bandera,
Aun hoy á mi puerta acuden,
Mas narradores de hazañas
Que romances de Gazules;
Mas sáboce que es en ellos
Hasta la latencia embuste,
Que lo que es bolsa y espada
De casualidad se les puden.
Un escribano, un corchete,
Un soplon y dos labares,

Mariposas de mi fuego,
Se han abrasado en mi lumbre;
Pero por todo agasajo,
Me dió gente de tal fuste
Unas barajas hechizas,
Aire, tinta, polvo y mugre.
Más bravos en mi han caído
Que mosquitos en azumbre;
Pero no he visto en mi vida
Gente que tan poco dure.
A unos les acaba un soplo,
A otros la peca les zurce,
Y los más, hablando en culto,
Las lanas al mar le tunden.
Los años y la experiencia
Me han enseñado en resumen,
Que se juntan pocas veces
Lo deleitoso y lo útil.
Y como, ya que no ha sido
Mi vida cielo sin nubes,
Hoy que empiezo esa bajada
Que acaba en el *de profundis*,
No quiero que, por pecados
Que no han de quedar impunes,
La que vendió de sus carnes
Acabe en comer legumbres.
Por eso no te sorprenda,
Que aunque desees me punce,
De honrarme con quien su nombre
Vio de la fama en las cumbres,
Deseche un ofrecimiento
Que obliga mis gratitudes,
Y prefiera el real de á cuatro
Del último transeunte.
Que al fin y al cabo el dinero,
Mal haya su podredumbre,
Es la preciosa triaca
Que *tollet peccata mundi*.
Bajo Marica los ojos,
Francio la geta Santurde,
Y tras torcer de las barbas
La mal domada pelambre,
Encogiendo aquellos hombres,
Nuevos Atlantes que sufren,
Ya que no un mundo, unas ronchas
Casi iguales en volumen,
Murmuró:—Pues es tu gusto,
En paz queda y Dios te ayude,
Que lo que en perderme pierdes
No era bien que yo divaigue.
Mas como quiero probarle
Que no han de hacer que renuncie
Á servirte, ni desdenes,
Ni celos, ni ingrátitudes,
Solo te pido que mires
Con cuánto me contribuyes,
Para que el mal que me causas
A puros tragos sepulte.
Y ya en la pueria, contando
De unas monedas la herrumbre,
Añadió:—¡Cuanto en las hembras
El vil interés influye!

ANGEL R. CHAVES

LA GRAN VÍA

Por SALVI.

Con este título inauguramos en nuestra Revista una sección que creemos ha de agradar mucho á nuestras amables lectoras. Mediante un contrato con una de las más acreditadas casas de París, y con el concurso del distinguido dibujante señor Salvi, podemos ofrecer á las señoras que nos favorecen comprando LA GRAN VÍA, modelos de las últimas producciones de *La Moda*.

Pensamos publicar figurines, con su explicación correspondiente, y preciosos dibujos de bordados y otras labores.

SOMBREROS

Núm. 1

Sombrero **Marqués**, en fieltro negro forrado de terciopelo al borde del ala, rodeado de plumas negras como adorno, delante nudo de cinta negra y raso verde musgo; á la izquierda penacho de plumas negras.

Núm. 2

Sombrero **Directorio**; ala de azabache; fondo drapado de terciopelo negro; á la izquierda y delante penacho de plumas negras que vengán sobre el ala con esprit de fantasía en medio, lazadas y bridas, cinta de faya núm. 3.

Núm. 3

Capota **Bernard**: fondo y borde de plumas negras rizadas, cerradas en el borde por un bias muy rizado de terciopelo rojo, alrededor ala de sifides; en las puntas motitas de terciopelo.

Bridas de cinta de terciopelo núm. 5.

Traje de paseo

de lana fantasía, con adornos de terciopelo verde musgo. Falda de campana amplia, así como la manga, de bullón, puños, bertas y aldetas del cuerpo en terciopelo.



Vestido de paseo.

